

DESAPARICIÓN DEL "SEGUNDO MUNDO", URGENCIA DE DIVERSIFICAR RELACIONES

Cuando en 1988 inicié mi mandato, el mundo estaba integrado por 140 naciones; cuando terminé, seis años después, el número había crecido a 170. Pocas veces en la historia de la humanidad se habían dado transformaciones tan agudas en un período tan breve. A fines de 1989 el mundo enfrentó la irrupción de acontecimientos inesperados. En el ámbito internacional ocurrían cambios descomunales: la globalización económica; el final del llamado "segundo mundo", a causa de la caída del Muro de Berlín y del campo socialista, y de la consolidación de Estados Unidos como el líder económico y militar indiscutido en el orden internacional. Dirigentes políticos internacionales, sociedades de países enteros, observadores políticos y expertos en finanzas se estremecieron ante las nuevas realidades de los países del este y del centro de Europa, que iniciaban su tránsito a la democracia política ya la economía de mercado. Los acontecimientos mantenían asombrado al mundo. No sólo a los políticos: también a historiadores, analistas, intelectuales y, sin duda, a los inversionistas. La globalización de los mercados se convirtió en un fenómeno inevitable del desarrollo capitalista; la manera de enfrentar ese hecho ineludible era abordarlo y tratar de utilizarlo a favor de México con los menores riesgos para la Nación.

La negociación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte fue la respuesta de México a la globalización. Era la manera de actuar frente a ese proceso inevitable. Sin embargo, el TLC no fue la única iniciativa mexicana en el ámbito internacional. Se complementó con una estrategia fundada en la diversificación de relaciones. Los trabajos desarrollados para poner en marcha esa estrategia fueron intensos ya menudo innovadores.

La política exterior mexicana tuvo que reconocer esas realidades. A partir de la relación de nuevo tipo con los Estados Unidos, tuvimos que promover profundas iniciativas para diversificar nuestras relaciones. Disponíamos de principios claramente establecidos; con base en ellos se procuró actuar con eficacia. Los logros fueron alentadores. Fue una etapa intensa de la diplomacia mexicana con pocos precedentes en nuestras relaciones internacionales.

La soberanía en la época de la globalización

La objeción principal al proceso globalizador merecía una atención muy cuidadosa: se le atribuía una acción erosionante sobre la soberanía de las naciones. Esta crítica aludía sobre todo a las decisiones sobre estrategias económicas, pues la globalización propició la interdependencia de las políticas y redujo la discrecionalidad de cada país para elegir opciones. Aún más: los avances en las comunicaciones y la reducción en los costos de transporte abatieron las distancias geográficas, lo que a su vez provocó que en el mundo se manifestaran crecientes influencias externas en aspectos que antes se consideraban puramente domésticos. Éste fue un gran reto para las soberanías nacionales.

De la mano de la globalización se presentó el desafío a la soberanía popular. Por eso la gran ola democratizadora apareció como otro proceso inevitable y también indispensable en el ocaso del siglo XX y los albores del XXI. La democratización fue vista como "el desarrollo político global más importante del final del siglo XX": más de 30 naciones vivieron esos años la transición de sistemas autoritarios a sistemas democráticos. **1** El debate, al parecer, dejó atrás las definiciones canónicas, utópicas o idealistas, de la democracia. Se entendió que en el siglo XX un sistema político era democrático si "sus principales tomadores de decisiones son electos a través de elecciones justas, honestas y periódicas, en las que los candidatos puedan competir libremente por los votos y en las que toda la población pueda votar". **2** Competencia y participación se volvieron la clave en esta nueva definición: "El movimiento hacia la democracia parece tomar la forma de una ola global, casi irresistible; al pasarse de un triunfo democrático a otro". **3**

Por eso, al final del siglo XX, dos temas dominaban el discurso mundial: en la economía, la revolución del mercado; en la política, los procesos democratizadores.

La política exterior mexicana en el contexto de la globalización. Viejos y duraderos principios

La negociación del TLC con los Estados Unidos puso a prueba las mejores tradiciones republicanas del Estado mexicano. Al abrir la puerta para definir un nuevo marco de relaciones, el Tratado despertó en grupos del coloso del norte la ambición de obtener el máximo de concesiones. Dentro de México, la negociación desató los temores más grandes: la posible cesión de autonomía, o bien la entrega del país en condiciones débiles. El Tratado representaba una defensa moderna de la soberanía y, al mismo tiempo, la participación activa de México en el proceso universal de globalización, dos cosas que podrían parecer irreconciliables.⁴

Para no perder la dirección ante la rápida transformación mundial, fue necesario volver una y otra vez a ciertos principios básicos - principios que en México se habían construido a lo largo de toda una historia. Le dieron a nuestro país claridad en su línea política internacional y respetabilidad en los foros multilaterales. Estaban contenidos en la fracción décima del artículo 89 de nuestra Constitución y planteaban siete exigencias muy claras: la no intervención en los asuntos internos de los Estados; el respeto a la autodeterminación de los pueblos; la solución pacífica de las controversias; la proscripción de la amenaza o del uso de la fuerza en las relaciones exteriores; la igualdad jurídica de los Estados; la lucha por la paz y, por último, la cooperación internacional para el desarrollo. Ante las nuevas realidades del mundo fue necesario actuar con habilidad para que esos principios no resultaran vulnerados.

Nos empeñamos en vincular las acciones en el exterior con la política interna. En nuestro programa, la política internacional formó parte del diseño de reformas del Estado Mexicano: fue un ágil sostén de las necesidades internas del país. Como se ha señalado, durante mi administración:

El rasgo definitivo de la política exterior... fue la utilización consciente y deliberada de los vínculos del país con el exterior para el fortalecimiento económico y social interno, lo que gradualmente se reflejaría en un aumento del prestigio, la influencia y la capacidad negociadora del país en el ámbito internacional... fue una diplomacia de realizaciones concretas y de impacto directo sobre la realidad nacional.⁵

Entre 1988 y 1993, el canciller mexicano Fernando Solana se convirtió en un entusiasta y talentoso promotor de estas iniciativas. En 1994, su sucesor, Manuel Tello, un miembro del servicio exterior con una brillante carrera diplomática, concluyó de manera destacada estas acciones. A partir de 1989, al tratar de prever algunas consecuencias de la gran transformación mundial, anticipamos nuevas oportunidades y retos para el país, y nos propusimos actuar en consecuencia. Había que proceder mediante una estrategia de política exterior que se condujera como una especie de pinza: por una parte debíamos reafirmar nuestros principios; por la otra era necesario diversificar nuestros vínculos económicos y nuestras relaciones políticas. Fue así cómo tras el fin de la bipolaridad buscamos un nuevo emplazamiento de México en el mundo.

Intensa actividad diplomática para diversificar relaciones

Decidimos impulsar iniciativas políticas que convirtieran en realidad esos principios. Entre 1989 y 1994 establecimos relaciones diplomáticas con 29 países recién creados; sostuve 392 encuentros con jefes de Estado y de gobierno; efectué 66 visitas a otras naciones y recibí a 53 mandatarios de diferentes latitudes. Durante mi gestión se firmaron 306 tratados y convenios; así como 227 acuerdos interinstitucionales. Esto se reflejó en una intensa y activa presencia de México en el mundo.

Para aprovechar las ventajas de la globalización, negociamos el TLC. Para enfrentar sus riesgos hubo que poner en marcha una estrategia internacional que diversificara nuestras relaciones. Por eso decidí emprender intensas acciones diplomáticas y comerciales. Primero hacia el sur, con América Latina y el Caribe y hacia nuestras raíces: España y Portugal. Más adelante con toda la Comunidad Europea; finalmente, con la cuenca del Pacífico. De esta manera asegurábamos que nuestras posibilidades se ampliaran hacia todas las latitudes. Se trataba de contar con nuevos contrapesos diplomáticos y políticos ante la relación intensificada con nuestro poderoso vecino del norte.

La Cumbre Iberoamericana: sueño de Bolívar. .. y con el rey de España

Fidel Castro hablaba con una voz suave, apenas audible. Entonces pronunció la frase que nos sorprendió primero, pero que al final todos aprobamos: "Ésta es la reunión que soñó hacer Simón Bolívar y la terminamos haciendo con el rey de España".

Estábamos en Guadalajara. Era el 18 de julio de 1991. Nos reunimos por primera vez todos los líderes políticos de América Latina, el Caribe de habla hispana, España y Portugal. Habíamos hecho realidad un afán político acariciado durante 200 años: reunir a todos los países de Iberoamérica. A esa Primera Cumbre Iberoamericana concurrimos los 23 jefes de Estado o de gobierno de las 21 naciones. Era sin duda un gran acontecimiento diplomático. Representaba un hecho inédito y estábamos decididos a que se transformara en un suceso histórico. Para México ese foro constituyó un medio formidable para fortalecer nuestra posición en un mundo tan diferente y tan complicado como el que nos tocaba vivir.

La iniciativa de la Cumbre Iberoamericana surgió en julio de 1989. Fue durante mi visita a España. En esa ocasión me entrevisté con el rey Juan Carlos, quien me comentó que para 1992, año del quinto centenario del encuentro entre dos mundos, planeaba invitar a España a todos los jefes de Estado de América Latina. Mi respuesta fue respetuosa pero firme: "No creo que sea posible acudir a una cita que pudiera dar la impresión de un cónclave del rey y sus vasallos". Con gran sensibilidad e inteligencia, el rey Juan Carlos lo meditó; a continuación intercambiamos puntos de vista y decidimos ir mas allá. Entonces surgió la idea de una Cumbre. Lo comenté con el presidente Felipe González, jefe de gobierno de España, quien con gran sentido histórico y político promovió la iniciativa y me hizo ver que era necesario incorporar al presidente Mario Soares de Portugal para asegurar el carácter ibero de un encuentro como el que se perfilaba. Surgieron delicadas complicaciones y el subsecretario Andrés Rozental desplegó una notable labor diplomática para lograr la participación de Portugal y de Brasil. Establecimos contacto directo con Soares y así logramos ampliar la iniciativa. La concebimos como un foro de gran amplitud política y diplomática entre naciones independientes, en un plano de igualdad que permitiera la concurrencia de todos los mandatarios. De esta forma nació la posibilidad de construir relaciones con equilibrio diplomático y de beneficio económico y cultural.

Guadalajara se convirtió en el lugar idóneo para recibir a todos los jefes de Estado y de Gobierno de Iberoamérica. Se sumaron a la Cumbre el secretario general de la ONU, Javier Pérez de Cuéllar; el de la OEA, Joao Baena Soares, así como Federico Mayor, Enrique Iglesias y Gert Rozental, directores generales de la UNESCO, el BID y la CEPAL, respectivamente. El logotipo de la Cumbre lo diseñó el pintor mexicano Rufino Tamayo. La sesión inaugural en Guadalajara se efectuó en el bellissimo Hospicio Cabañas, bajo el "Hombre en llamas", el imponente mural de José Clemente Orozco. Al final del evento nos trasladamos al magnífico Teatro Degollado para presenciar un espectáculo cultural con artistas representantes de toda la región iberoamericana. El recorrido del Hospicio Cabañas al Teatro podía hacerse en los autobuses, pero esa tarde el ánimo de los tapatíos era tan grande que invité a todos los jefes de Estado y de gobierno a que la hiciéramos a pie: a la largo de casi un kilómetro, formando vallas, la gente aplaudía a los visitantes. Los equipos de seguridad pasaron, sin duda, por momentos de gran tensión, pero la hospitalidad y la generosidad de los tapatíos convirtió aquel recorrido en un acto inolvidable. Concluido el espectáculo cultural, hacia el ocaso, mientras contemplábamos y escuchábamos los fuegos artificiales en los balcones del Palacio de Gobierno, el rey de España, medio en broma, medio en serio, preguntó tras el estallido de un cohete, si aquello no habría sido una especie de atentado contra algún visitante. Fidel Castro, por azares de la diplomacia, compartía balcón con el presidente de Panamá, quien era objeto de gritos hostiles por parte de un pequeño grupo. Más adelante, al reanudarse la reunión, cuando el mandatario panameño asentó el derecho de su país sobre el Canal, el propio Castro inició el aplauso de reconocimiento a la soberanía reafirmada.

Logramos construir consensos sobre aspectos fundamentales del desarrollo económico-social de la región, y pusimos especial énfasis en la educación. Finalmente, a iniciativa de España, Brasil y México, subrayamos la vigencia del derecho internacional. Esta propuesta fue suscrita por todos los gobernantes Iberoamericanos en la Declaración de Guadalajara. Al confirmar esa unidad, subrayamos el derecho de cada pueblo a construir libremente, en paz, estabilidad y justicia, sus propios sistemas políticos y sus instituciones. Éste fue un corolario importante, frente a las pretensiones de algunos participantes de imponer a otros países sus modalidades políticas. Se constituyó la Conferencia Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno. Fue un logro muy importante, pues permitió establecer a la Cumbre como instancia permanente para la reflexión y la

consulta. Se determinó su celebración anual. El año siguiente, 1992, nos reunimos en España y en los subsecuentes en Brasil y Colombia.

En América Latina, iniciativas alejadas de la retórica y eficaces para la integración

Una región fue objeto de particular atención: América Latina y el Caribe. Mientras negociábamos el TLC, yo percibí reacciones muy ambiguas, oscilantes entre la suspicacia y la esperanza, en algunos sectores de esas latitudes. Esa reserva ante la relación entre México y los Estados Unidos no era algo nuevo. Se ha comentado:

En América Latina y el Caribe existen dos visiones dominantes: México está demasiado cerca de los Estados Unidos, o bien, es el primer bastión de defensa de los intereses latinoamericanos frente a Washington... Los nexos principales son con el Norte, pero llevamos el mensaje del Sur.⁶

Fue necesario entablar un diálogo político más fluido con América Latina y resolver esos sentimientos encontrados. Buscamos estimular la cooperación para el desarrollo con acciones eficaces, y reconocimos intereses comunes. Para conseguirlo, alentamos vínculos económicos concretos y desplegamos una cooperación más intensa en el ámbito cultural. Durante mi administración realicé 30 viajes a Latinoamérica, más que a ninguna otra región; asimismo, promovimos y firmamos acuerdos de libre comercio con Chile, Bolivia, Colombia, Venezuela y Costa Rica. Alentamos la integración latinoamericana con hechos concretos, no sólo con invocaciones simbólicas.

En lo político, resaltaron varias acciones, entre ellas la iniciativa de la Cumbre Iberoamericana y la expansión del Grupo de Río, en cuya creación había participado Miguel de la Madrid. De igual importancia fueron la creación de la AEC, Asociación de Estados del Caribe, así como las distintas sugerencias de reforma a las organizaciones multilaterales de la región.

Un hecho de singular relevancia fue la reanudación de enlaces diplomáticos con Chile, en marzo de 1990. Ese año, después de un referéndum en contra del gobierno militar, se inicio en aquel país una compleja transición democrática encabezada por el presidente Patricio Aylwin. Hay que recordar que las relaciones diplomáticas entre México y esa nación hermana se habían roto desde el derrocamiento del presidente Salvador Allende en 1973. Casi 20 años después, acompañado de quien había sido nuestro último embajador en Chile, Gonzalo Martínez Corbalá, volví a izar la bandera mexicana en la embajada de México en Santiago; durante la ceremonia 40 niños chilenos nacidos en México durante el exilio de sus padres entonaron los himnos nacionales de ambos países. Patricio Aylwin, un hombre excepcional, de gran cultura democrática y verdadero estadista, supo conducir en paz la difícilísima transición de un régimen militar a uno civil. Sólo su capacidad y sensibilidad permitieron ese hecho trascendente. Acordamos que el nuevo acercamiento se reflejara en oportunidades concretas para los dos países. En abril de 1990 decidimos negociar un acuerdo de libre comercio. El 22 de septiembre de 1991, en Chile, el presidente Aylwin y yo lo firmamos y entró en vigor en enero del año siguiente. Fue el primer acuerdo de libre comercio que México puso en marcha y el primero de su tipo en América Latina.

Es importante hacer notar que Chile había recorrido un camino particular en su proceso de liberalización en materia económica. Se separó del Pacto Andino al inicio de los ochenta, y al comienzo de la década siguiente declinó la invitación para sumarse a Brasil, Argentina y Uruguay en su asociación comercial, el Mercosur. Su argumento era válido: la economía chilena funcionaba de manera muy abierta, sin subsidios distorsionantes como los que aún afectaban a diversos mecanismos de integración regionales.

En ese entonces, el intercambio comercial entre México y Chile era cercano a los 158 millones de dólares. Para 1994 se había triplicado y en 1997 era diez veces mayor. A finales de los noventa, los analistas destacaban la apertura entre las dos naciones: "son un ejemplo para el resto de la región - se dijo - de cómo se debe materializar el deseo de la integración regional, no sólo en lo político, sino también en temas sensibles como los económicos".⁷ Este hecho positivo me permitió promover acciones similares con otras naciones de la región.

Fortalecí lazos diplomáticos: por primera vez en la historia un Presidente mexicano visitó Bolivia y

Paraguay. También impulsé la diversificación comercial; con el presidente César Gaviria de Colombia, y Carlos Andrés Pérez, de Venezuela, acordamos integrar el Grupo de los Tres, que pronto se convirtió en un mecanismo eficaz para impulsar iniciativas regionales. Decidimos sostener los acuerdos de San José, referentes al apoyo energético para Centroamérica. El 13 de junio de 1994, en Cartagena de Indias, los tres presidentes firmamos el Tratado de Libre Comercio. Ese mismo año, con el presidente de Bolivia, Gonzalo Sánchez de Lozada suscribimos un Acuerdo similar.

Especial empeño puse en establecer tratados comerciales con los países miembros del Mercosur. A mediados de 1990, durante una visita a Sao Paulo, Brasil, le sugerí a la comunidad empresarial de esa notable región que avanzáramos hacia un acuerdo de libre comercio; me ofrecieron considerarlo, pero prefirieron continuar en la promoción del Mercosur. Durante la segunda Cumbre Iberoamericana, en Madrid, le planteé al presidente Carlos Menem, de Argentina, y al presidente Alberto Lacalle, de Uruguay, la posibilidad de negociar acuerdos comerciales. Con este tipo de acciones fuimos poniendo bases más sólidas para una diversificación eficaz, lejos de la retórica y cerca de la realidad.

Centroamérica y el Caribe, fronteras estratégicas de México

Para México resultaba estratégica la frontera al sur con dos países, Guatemala y Belice. La estabilidad de esas dos naciones nos interesaba particularmente, pues los flujos migratorios hacia México afectaban nuestras posibilidades en muchas áreas (trabajo, vivienda y atención médica, por señalar tres ejemplos). Por eso pusimos especial cuidado en fortalecer relaciones con ellos y con toda la región centroamericana. En enero de 1991 cristalizó una iniciativa que para nosotros tuvo una importancia estratégica: la Primera Reunión Cumbre Centroamérica -México. Se llevó a cabo en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Participaron Rafael Ángel Calderón, de Costa Rica; Alfredo Cristiani, de El Salvador; Marco Vinicio Cerezo, de Guatemala; Rafael Leonardo-Callejas, de Honduras, y Violeta Barrios, de Nicaragua. Convinimos utilizar la factura petrolera de todo un año y transformarla en recursos para apoyar el desarrollo de esos países.

Para mí, uno de los hechos más trascendentes de mi administración fue participar como testigo durante la firma de los acuerdos de paz de El Salvador, en el mes de enero de 1992. El presidente de esa nación, Alfredo Cristiani, era un hombre sencillo pero firme y decidido. Durante una entrevista comentamos la posibilidad de efectuar la firma en México. También se le planteó a varios miembros del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional. Propuse el Castillo de Chapultepec como sede, pues para nosotros los mexicanos evocaba la gesta heroica de los Niños Héroe frente a la invasión americana de 1846-1847. Ahí se llevó a cabo la ceremonia. Jamás olvidaré el momento en que, al concluir la firma, el presidente Cristiani descendió del estrado y abrazó a los dirigentes guerrilleros: sólo así se curan las heridas de tanto enfrentamiento.

Fue un honor también que las conversaciones para alcanzar la paz y la reconciliación entre los guatemaltecos se realizaran en nuestro territorio. Sabíamos que la continuación de la guerra lastimaba al pueblo de Guatemala y creaba tensión en esa zona limítrofe con México. Con la República Dominicana desarrollamos lazos más cercanos. También protestamos ante la violenta invasión militar que sufrió Haití. Estuvimos presentes en la reunión cumbre de los países del caribe de habla inglesa (Caricom) en Puerto España y en Trinidad y Tobago; ahí consolidamos una relación particularmente estrecha con Jamaica. Asimismo, nos afiliamos al Banco de Desarrollo del Caribe.

La autodeterminación de Cuba, esencial para la soberanía de México

Las relaciones con Cuba han tenido una importancia particular para México. A lo largo de nuestra historia, muchos acontecimientos trascendentes para nuestro país pasaron por Cuba; la historia cubana también registró momentos fundadores estrechamente ligados a México. Al final del siglo XX, dada la circunstancia geopolítica de nuestro país, la soberanía de México tenía una estrecha relación con la autodeterminación de Cuba. Si se perdía de vista este hecho esencial y se pensaba que la relación de México con Cuba sólo respondía a motivos políticos internos, se cometía un error histórico y de consecuencias incalculables para nuestra nación. Por eso el apoyo y el respeto de México hacia la autodeterminación de Cuba trascendieron posiciones políticas domésticas: se ubicaron en el contexto de la batalla a favor de nuestra soberanía. Cualquier desviación en esta conducta iría siempre en contra de nuestro país. Nunca se abandona ni se traiciona a los aliados históricos.

Mantuvimos el rechazo permanente al embargo económico impuesto por Estados Unidos a Cuba, y apoyamos las negociaciones migratorias entre esas grandes naciones. A lo largo de seis años sostuvimos una posición inequívoca de respeto y cordialidad en nuestra relación con el pueblo y el gobierno de Cuba. Fuimos un país respetuoso de los procesos internos y de las decisiones soberanas que emprendieron los cubanos. Sostuve varias conversaciones con el comandante Fidel Castro; lo hice primero cuando estuvo en México invitado a mi toma de posesión. México le abrió a Cuba espacios para iniciativas diplomáticas después de la caída del muro de Berlín, al invitarlo para la realización en nuestro país de la primera cumbre Iberoamericana; más tarde, nos reunimos en Cozumel para dialogar sobre relaciones de la cuenca latinoamericana del Caribe. Visité Cuba en 1994, en medio de momentos de gran dificultad para nuestro país; y después, en México, le di la bienvenida nuevamente a su Jefe de Estado en noviembre de 1994, para la ceremonia de transmisión del poder. Tuve encuentros bilaterales con él durante la celebración de la Cumbre Iberoamericana en España, en Brasil y en Colombia. Analicé detenidamente con el presidente Fidel Castro diversos temas, ya menudo escuché sus planes para transformar a su nación una vez confirmada la desaparición de la Unión Soviética. Le reiteré el deseo de que los cambios permitieran a su país insertarse plenamente en el contexto internacional. Respecto a la legislación norteamericana, que durante años prohibió el comercio de sus empresas con Cuba, así como el ingreso en cualquier forma de productos cubanos a los Estados Unidos, y pretendió afectar a empresas de otros países que comerciaban con Cuba, México promovió en el seno de las Naciones Unidas una resolución contra todo intento de aplicar extraterritorialmente las leyes de una nación. Siempre fui respetuoso de la autodeterminación del pueblo cubano, en apego a las disposiciones constitucionales mexicanas y a la mejor tradición de nuestra política exterior. Lo hice convencido de que la independencia de Cuba era esencial para la soberanía de México.

El TLC nos abrió la puerta de la Comunidad Europea

Llegué a Berlín en julio de 1991; pocos días antes, la ciudad se había convertido en la capital de la Alemania unificada. Como el primer mandatario latinoamericano en recibir las llaves de la ciudad capital, expresé:

Quando se intensifican las relaciones con un vecino tan poderoso como los Estados Unidos, es necesario acercar a los amigos distantes.

Desde el comienzo de los noventa había articulado una vigorosa iniciativa para establecer vínculos con la Comunidad Europea; cuando visité su sede en Bélgica, planteé la posibilidad de un acuerdo de libre comercio entre la CE y México. En 1992, durante una entrevista con el presidente de la Comunidad, Jacques Delors, analizamos con cuidado las probabilidades de establecer ese acuerdo. Delors, un hombre muy respetado en Europa, podía ser muy duro al expresar sus ideas; algunos se quejaban de su exceso de firmeza. Mi comunicación con él fue siempre espléndida. Un día, mientras comentábamos las dificultades y requisitos, tanto económicos como políticos, para llegar a un acuerdo con la Comunidad Europea, Delors guardó silencio, meditó unos instantes y me dijo con toda claridad: "Presidente Salinas, podemos sentarnos a negociar los aspectos comerciales, de inversión y otros que exige la Comunidad Europea. Pero ese proceso puede tomar tantos años que al final, tal, vez, los participantes habrán olvidado para qué se reunieron originalmente" .

Sus palabras me sorprendieron: era una: forma cortés de decirme "hoy no, mañana tal vez". Antes de que pudiera responderle, Delors, retomó la palabra: "En realidad – abrevió -, si usted quiere conseguir un Tratado de Libre Comercio entre México y la Comunidad Europea, primero asegure el Tratado de América del Norte". El mensaje era evidente: si lograba convencer al coloso mundial y conseguir superar los duros y difíciles requisitos de apertura y eficiencia económica que exigirla el TLC, entonces México estaba listo para un tratado con Europa. Como corolario, agregó de manera contundente: "No le quepa la menor duda: logrado el TLC, habrá Tratado de Libre Comercio con Europa".⁸

Sus palabras me convencieron, en este tema, el camino hacia Europa pasaba por los Estados Unidos. Si queríamos diversificarnos, debíamos acrecentar nuestro potencial económico. Estábamos obligados a concentrarnos en la región de América del Norte. El nudo gordiano de la diversificación se resolvió con la aprobación del TLC.

Mientras concluía la negociación del Tratado, ensayamos algunos pasos con Europa: en abril de 1991 sustituimos el Acuerdo Comercial, que databa de 1975, con el Acuerdo Marco de Cooperación de la Unión Europea, uno de los más completos en su género y en ese momento, el más avanzado de cuantos había suscrito Europa con un país latinoamericano. Si bien ello no se traducía en un acceso inmediato al mercado europeo, sí abría la posibilidad de establecer un convenio de apertura comercial una vez firmado el TLC. Hacia noviembre de 1992 se realizó la primera reunión de la Comisión Bilateral México – Comunidad Europea. El camino al libre comercio con Europa estaba abierto.

Sin el TLC, sin su perspectiva, no hubiéramos obtenido una adecuada respuesta europea para llevar sus flujos de inversión a México. Tampoco hubiera existido el interés político que propició un mayor acercamiento entre Europa y México. Con la expectativa del TLC, nuestro país adquirió una presencia cualitativamente distinta en el ámbito europeo; esto propició que tanto los dirigentes políticos como los inversionistas europeos tuvieran una respuesta mucho más rápida, con proyectos específicos, hacia el comercio con México.

También nos propusimos estrechar los nexos bilaterales. Con esa intención firmamos un Tratado General de Cooperación y Amistad con España; con Alemania, creamos la Comisión 2000 y con Francia la Comisión Binacional. El Reino Unido se convirtió en el segundo inversionista en nuestro país. Con las naciones del centro y del este de Europa avanzamos en la definición de un nuevo marco de relación. México participó como socio fundador del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo.

Paso a paso construíamos la diversificación dentro de la globalidad.

La cuenca del Pacífico

En la configuración de la moderna globalidad, además de América del Norte y Europa, había una región que era indispensable penetrar para diversificarnos: la cuenca del Pacífico. Dentro de ella destacaba el mecanismo de Cooperación Económica del Pacífico Asiático (conocido por sus siglas en inglés como APEC). Estaba integrado por 15 países vecinos del Océano Pacífico. Incluía a los Estados Unidos y Canadá, así como a los principales países del sudeste asiático. Entre estos últimos, la lista incluía tanto a los denominados "tigres" (Taiwan, Hong Kong, Singapur, Corea del Sur), como a los más industrializados (Japón, Australia, Nueva Zelanda), los más poblados (China, Indonesia, Malasia, Tailandia, Filipinas), y otro de escasa población pero enorme riqueza petrolera, Brunei. Era la zona económica más dinámica del orbe: representaba el 40% de la población y del comercio en el mundo y constituía el 50% de la riqueza, al concentrar las principales reservas financieras y una parte sustancial de la tecnología de punta.

Puesto que nos encontrábamos en plena negociación del TLC, decidimos proceder por etapas. Primero, México logró la membresía del Consejo Económico de la Cuenca del Pacífico (PBEC). Después, en mayo de 1991, recibí en Guadalajara a los jefes de Estado de Nueva Zelanda, Perú y Costa Rica, así como a 486 delegados y observadores de otros 20 países, con el ánimo de promover la integración. El paso siguiente consistió en integrarnos al mecanismo de Cooperación Económica Asia-Pacífico, pues a través de él se tomaban las decisiones principales sobre comercio e integración. Nuestro acceso a este mecanismo parecía muy difícil: ningún país latinoamericano lo había conseguido. Al día siguiente de la ratificación del TLC, el 18 de noviembre de 1993, ingresamos como socios de pleno derecho. México abrió así para Latinoamérica el acceso a la APEC. Nos habíamos insertado, ¡por fin!, en el organismo fundamental del desarrollo en el Pacífico.

En noviembre de 1994, unos días antes de concluir mi mandato, asistí en Indonesia a la reunión de jefes de Estado de la APEC. Ahí acordamos crear una región de libre comercio. Establecimos fechas diferentes de inclusión, según el nivel económico de cada miembro: los más desarrollados ingresarían en 2010 y aquellos en vías de expansión en el 2020. Sin embargo, un obstáculo permaneció, pues la apertura se daría por decisión voluntaria y sabíamos que de esta manera siempre se podrían encontrar excusas. Una APEC unificada podía impulsar mayor apertura en las rondas globales.

Pusimos particular interés en nuestras relaciones con Japón y también con China, auténtica potencia del futuro. Reforzamos lazos con Singapur, Corea del Sur, Malasia y Tailandia. Abrimos siete representaciones diplomáticas en estos países.

La promoción de vínculos con Japón fue intensa. En el primer año de gobierno recibimos cinco misiones de alto nivel. Toshiaki Kaifu nos visitó en septiembre de 1989. El apoyo japonés fue crucial para la renegociación de la deuda, sobre todo al momento de la constitución de las garantías. Sabíamos que en los Estados Unidos no verían con buenos ojos nuestra proclividad a promover inversiones con Japón, pero para nosotros ese mercado era muy importante.

Por su lado, el primer ministro de Malasia, Mohamed Mahathir fue muy crítico del TLC: al parecer el tratado representaba un reto para la región asiática del Pacífico.

Más iniciativas a favor del Sur

Con el acceso a APEC, concluimos exitosamente la estrategia de diversificación de relaciones que nos habíamos propuesto desde 1989. Ciertamente que con el TLC nos integramos al mercado más grande del mundo, pero no habíamos depositado todos nuestros activos ahí; al contrario, consolidamos los enlaces con Iberoamérica, abrimos el camino al Tratado de Libre Comercio con Europa, y nos vinculamos como miembros de pleno derecho en el Pacífico asiático.

Hubo que instrumentar iniciativas complementarias a este diseño diversificador. Hasta 1988, las relaciones de México con Asia y África se desarrollaban principalmente en el marco multilateral; a partir de 1989 intensificamos nuestros contactos bilaterales. En particular lo hice con Israel, cuando dialogué con Shimon Peres para promover propuestas de desarrollo; y años después, en 1995, me entrevisté con el militar de la paz y mártir de su patria Yitzak Rabin para agradecer su apoyo a mi candidatura para la presidencia de la OMC, y para confirmar la importancia de la paz.

Enfatizamos las relaciones con los países árabes, como Marruecos y, finalmente, con Sudáfrica. Cuando recibí a Nelson Mandela en la residencia oficial de Los Pinos, afloró una vez más la gran admiración por este incansable luchador en pos de la auténtica soberanía popular de su Nación, y por el respeto y la dignidad en su manera de conquistar la igualdad de sus compatriotas. Conversamos sobre lo inconveniente de las concentraciones de trabajadores de color que los anteriores dirigentes sudafricanos habían promovido para tener mano de obra disponible, y el problema para aquellos cuando carecían de libre movilidad para contratarse. Reforcé mi convicción acerca de lo errado de proponer otro acuerdo tipo "bracero" a los Estados Unidos, y en cambio lo acertado de la posición de insistir por el libre movimiento de personas. Mandela estaba cierto de la importancia que las movilizaciones de los grupos cívicos habían tenido en la eliminación del apartheid y en la democratización de Sudáfrica.

Como eje de la vinculación Norte-Sur, en el seno del Grupo de los 15 conversé con Rajiv Gandhi, primer ministro de la India; acordamos revisar el significado de ese organismo para adecuarlo a la nueva era de globalización económica ya la balcanización política. Su trágica muerte impidió que avanzáramos en ese propósito. La participación de Senegal en esas pláticas fue total.

De las iniciativas diplomáticas en el ámbito bilateral y regional pasamos a la acción decidida en los foros multilaterales

Al inicio de 1994 ingresamos a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Durante más de 20 años este foro de análisis y evaluación no había aceptado a ningún nuevo miembro. Al incorporarnos, invocó "las reformas de amplio alcance [de México] y su participación constructiva". Este acceso nos permitió el auxilio técnico de este auténtico centro de reflexión y análisis de la más alta calidad, think tank de los países industrializados. Al mismo tiempo abrimos el camino para la adhesión de Polonia, Hungría, República Checa y Eslovaquia, mientras se preparaba el ingreso de Corea y se materializaban las intenciones de Israel, Sudáfrica, Chile, Argentina y Brasil. Si bien las decisiones y códigos de la OCDE son jurídicamente vinculantes, sus recomendaciones no son obligatorias. Nuestra membresía en esta organización otorgó certidumbre a quienes deseaban invertir en nuestro país, y al mismo tiempo ejerció una cierta presión hacia el interior para hacer comprender que era necesario compartir políticas de desarrollo comunes con quienes más habían crecido económicamente. El trabajo tesonero de Daniel Dultzin fue muy importante para la entrada de México a la OCDE.

Participamos activamente en la propuesta de reforma a la ONU , donde un latinoamericano, Javier Pérez de Cuéllar, se había desempeñado con distinción como Secretario General. Para apurar su transformación, rechazamos, por historia y geografía, que algunos de sus miembros se arrogaran atribuciones que pretendían cancelar soberanías. Propusimos reformas a la ONU para contar con un sistema colectivo de seguridad, legítimo y transparente, con base en los principios del Derecho Internacional; fue necesario insistir en fomentar la cooperación entre las naciones para hacer frente a la pobreza extrema; buscar la consolidación de un régimen comercial abierto que propiciase la expansión de la economía mundial; conceder prioridad a la adopción de acuerdos en materia de protección ambiental; velar por los derechos humanos y por las libertades fundamentales; establecer un régimen internacional más abierto, eficaz y multidisciplinario para el control de las drogas. En todo momento, manifestamos la necesidad de coordinar, con respeto a cada nación, las acciones contra el tráfico de estupefacientes.

Impulsamos las negociaciones encaminadas a suscribir el Tratado para la Prohibición Completa de Ensayos Nucleares, como también avalamos las tareas del comité preparatorio responsable de establecer la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas, institución que comenzaría a funcionar a principios de 1995. México actuó eficazmente en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo y en la Conferencia Internacional sobre Población, así como en la de Derechos Humanos.

En el curso de los siete años que duraron las negociaciones de la Ronda Uruguay del GATT. nos convertimos en uno de los precursores de importantes propuestas que formaron parte del acta final de dicha Ronda, misma que fue ratificada por el Senado de la República.

En septiembre de 1990 compartimos un extraordinario resultado diplomático de claro impacto social, pues junto con Canadá, Egipto, Mali, Suecia y Pakistán iniciamos la Primera Cumbre Mundial en pro de la Infancia, llevada a cabo en la sede de las Naciones Unidas. El enorme entusiasmo de James P. Grant, entonces director de UNICEF, permitió hacer realidad esta propuesta singular.

Una perspectiva más promisoria hasta noviembre de 1994

Fue así cómo entre 1988 y 1994 transcurrieron seis años decisivos para la política exterior de México. Lo pudimos hacer porque contamos con un cuerpo talentoso de miembros del Servicio Exterior Mexicano comprometidos con las iniciativas del Gobierno. Al mismo tiempo, actualizamos sus instrumentos de trabajo y modernizamos el Servicio Exterior. Por primera vez, todas sus promociones se decidieron por concursos de méritos, y alentamos su crecimiento profesional. Ascendimos de categoría a casi 1,000 funcionarios de carrera, y, en 1993, se puso en vigor la nueva Ley del Servicio Exterior Mexicano.

Enfrentamos los retos que planteaban tanto el fin de la Guerra Fría, el surgimiento de la globalización económica, la unipolaridad militar como la multipolaridad económica. Fue un periodo excepcional que exigió una estrategia efectiva para seguir el ritmo de los procesos con- temporáneos de cambio. Con base en estos principios y mediante la diversificación de nuestras relaciones, la capacidad de acción mexicana se amplió, la voz de México era escuchada con respeto y nuestra presencia tenía significado en el mundo.

En noviembre de 1994, en el ámbito internacional, tanto la imagen, como el prestigio y la influencia de México iban en ascenso. Sin duda, eso nos permitió fortalecer la soberanía nacional y promover nuevas oportunidades a favor de los mexicanos. En el mundo, México ya no era sinónimo de crisis sino de importantes iniciativas. El primero de diciembre de 1994, al cumplir con la responsabilidad constitucional de entregar la presidencia en paz, México tenía una perspectiva promisoriosa de equilibrio, respeto y dignidad en sus relaciones internacionales. Todo ello fortalecía la soberanía nacional. Poco después, el "error de diciembre" y la nomenclatura se conjugaron para deshacer este largo y delicado trabajo.

1. Samuel P. Huntington, *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*, Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1993.

2. *Ibíd.*, p. 7.

3. *Ibíd.* p. 21. México fue incluido entre los países en movimiento hacia la democracia durante mi administración. Huntington escribió: "El partido gobernante en México, por primera vez, ganó apretadamente la elección presidencial en 1988 y perdió, por primera vez, una gubernatura estatal en 1989", p. 24.

4. Para un análisis comparado de dos naciones con experiencias históricas similares pero procesos diferentes de

integración, véase Cecilia Salinas Ocelli, "Globalización y vecindades difíciles: Irlanda y México", tesis de licenciatura, México: ITAM, 1999.

5. Andrés Rozental, Política Exterior en la Era de la Modernidad, México, FCE, 1994, Introducción y Capítulo II.

6. *Ibíd.*

7. Reforma, julio 27 de 1999.

8. En marzo de 2000 se firmó el Acuerdo de Libre Comercio entre México y la Unión Europea. Fue un paso positivo de la Administración de Ernesto Zedillo. La prensa internacional confirmó la importancia del TLC para lograr ese acuerdo: "Europa tenía especial interés en alcanzar este acuerdo con México [...] desde la entrada en vigor del acuerdo Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos". *El País*, marzo 24 de 2000.